

La casa y su melodía(1)

María Zambrano

Que en una casa habitada se escuche música porque sus moradores la amen no es cosa que a nadie pueda sorprender, aunque no deje de ser, como parece ser que sea todo hoy, una fuente de conflictos en la convivencia. Pues hay quienes no la aman o aman solamente la que ellos escuchan. Y conflicto ya es hoy en las modernas ciudades el tocar el piano en casa o cualquier otro instrumento que altere el silencio, al menos teórico, que cada día se lucha más por obtener.

No es ésta la música a la que estas líneas se refieren, a la música que en uno u otro momento suena dentro de una casa porque alguien toca un instrumento, o ha abierto el botón de la radio o puesto en marcha el giradiscos. Nos referimos y ello puede causar una cierta extrañeza a la música que una casa, ella de por sí, ella en sí misma, tiene. Depende esta música en gran parte de sus moradores, de sus idas y venidas, y del ritmo que ellas tengan; del tono y del timbre de las voces humanas que en ella resuena y hasta del ladrido de los perros, del canto de los pájaros y del ronroneo del gato. Depende sobre todo del orden con que se vayan cumpliendo los actos de la vida cotidiana ante todo. Mas resulta que ello depende a su vez de la casa misma.

Una casa es un orden; un orden para ser vivido continuamente. Y un orden es una música cuando se cumple. Un orden se sigue en el espacio y en el tiempo. El orden vivido no es objeto de contemplación sino de acción; es un percibir para hacer; es un modo de movimiento que se sucede como una cadencia. Músicos en verdad somos todos, aunque cuando cumplimos las acciones de nuestra vida en forma acordada contra la impertérrita realidad –pues que la palabra es agua allí donde la realidad piedra-.

¿Cómo usar, pues, de la palabra con la deliberada intención de fijar hechos y de fijar, sobre todo, al sujeto viviente que los mira, petrificándolos? Aun en la española “novela picaresca”, género de tan extremado realismo, el lector se siente movido por ese incesante fluir de la palabra que penetra la realidad y la aligera y la musicaliza. Y por ello es escuchada y penetrada deslizándose en lo más secreto del ánimo del lector que se queda, eso sí, ante ella sin defensa posible. Encantado por la música sorbe la palabra y con ella la realidad que no quiso oír; entregada, ablanda la conciencia como sucede con la música, deja pasar al alma y al corazón, ese llanto de las criaturas y el canto del destino. Y sin remediarlo, el más impertérrito, pétreo lector se pasa de la parte de esas criaturas que recién han recibido un nombre. Y respira entre ellas, con ellas. Ya que entrar en la realidad no es verla, ni tan siquiera oírla; es respirar y moverse entre ella, entrar con ella en una relación tal que se nos revele y nos revele lo que es vida.

(1) Texto conservado en la Fundación María Zambrano con la signatura M-299, 12 de noviembre de 1964. En *Aurora. Papeles del “Seminario María Zambrano”,* n° 3, Barcelona, 2001, pp. 143-144.